

V CONGRESO DE LA ASOCIACIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA
VALENCIA, 2000

PONENCIA

**EL SENTIDO DE LAS INCERTIDUMBRES
EN LA HISTORIA DEL PRESENTE.**

Montserrat HUGUET

Universidad Carlos III de Madrid

La presente no es sino una escueta reflexión acerca de los rasgos que definen el sentido de las incertidumbres que, a modo de signo irremediable, parecen asolar nuestro propio tiempo histórico. Que el siglo XX ha sido denominado como el siglo de las incertidumbres no es a estas alturas ninguna novedad. Esta afirmación constituye hoy un lugar común con el que se inician muchos de los relatos que abordan la historia de la contemporaneidad, preferentemente la del siglo XX. Fundamentos históricos amparan sin duda la creencia de que el hombre contemporáneo se distingue de aquel de la sociedad preindustrial, entre otras muchas cosas, por la naturaleza del vértigo impuesto al tiempo real de sus vivencias. Los elementos de una sociedad progresivamente tecnológica, en la medida en que afectaron a la vida cotidiana del hombre occidental,

cambiaron su percepción de la existencia y le instalaron en la incertidumbre de una forma plena y aceptada sin duda también. Una segunda constatación, igualmente asumida, nos lleva a escribir que el fin de siglo se está viviendo, se ha vivido, desde una perspectiva de crisis en la que el sentido de las fracturas parece haberse localizado en esta última década, desde las siguientes perspectivas.

La indefinición y el esfuerzo en primer lugar por reformular el orden mundial; en segundo, la expresión de nuevas formas, escenarios y tiempos de los conflictos, que carecen aún de una comprensión adecuada, ya que las antiguas epistemologías o enfoques comprensivos carecen de referentes y no pueden por tanto comparar y tipificar. La implantación, admitamos que en periodo de transición, en tercer lugar, de una sociedad tecnológica que, en convivencia aún con las formas de vida de las sociedades preindustriales e industriales, propugna un escenario virtual en el que el desarrollo de la vida humana ve alterados los principios materiales, espaciales y temporales por los que hasta hace poco tiempo ha venido rigiéndose. El vértigo que produce la perspectiva de la disolución de estos principios, fronteras, materias primas y bienes diversos, identidades, organizaciones e instituciones, comunicaciones... es tal y las expectativas tan amplias que, escepticismos al margen, se corea la intuición de que estamos en lo que vulgarmente se conoce como el *umbral de una nueva era*. Junto a estas tres formas de fractura, arrasan algunas otras que no tendrían sentido por si mismas, ya que crecen a la luz de la indefinición del sistema mundial y del protagonismo pujante de las economías planetarias, nos referimos a la forzosa reordenación de los recursos humanos y materiales, así como del trabajo a escala mundial, y a

la tensión entre el concepto de identidad y la fuerza de la transnacionalidad que genera ante todo maneras de pertenencia diversas al mismo tiempo, las *multipertenencias*.

Si la incertidumbre se genera en el tiempo de la Historia, en el lapso que transcurre entre la vivencia como experiencia y la expectativa como promesa de futuro, el peso de esta percepción es propio de la Historia del Tiempo Presente¹, esto es del tiempo compartido por las generaciones vivas como experiencia histórica. Podremos sin duda capturar y fijar la idea de los tiempos de la Historia en los que la incertidumbre obró como factor de la acción del hombre, podremos satisfacer nuestra curiosidad diseccionando las expresiones de la incertidumbre en los momentos del pasado en los que se expresó como manera de comportamiento colectivo. Sin embargo, ello será tan solo posible desde la evaluación de la naturaleza de la incertidumbre que caracteriza nuestro tiempo.

¿Cuáles son pues los rasgos de nuestra incertidumbre, la del tiempo histórico en que vivimos?

P¹P No es el objeto de esta comunicación hacer una revisión del estado en que se encuentra hoy en nuestro país la disciplina conocida como Historia del Tiempo Presente. Aún así y para dar mayor sentido a la propuesta de reflexión acerca de la *incertidumbre* en la Historia del Presente es preciso señalar algunos de los más recientes trabajos teóricos sobre la materia. En primer lugar el coordinado por M. P. DÍAZ BARRADO. *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*. Universidad de Extremadura. 1998, y J. ARÓSTEGUI et alii. "Dossier: Historia y Tiempo presente". *Cuadernos de historia Contemporánea*. Nº 20. Universidad Complutense, Madrid. 1998. Y finalmente J. CUESTA. *Historia del Presente*. Madrid, Eudema, 1993.

Ante todo, la *coetaneidad* que las gentes viven como historia², en un afán precisamente por retener el tiempo y aminorar el vértigo de la incertidumbre. Esto conduce a la tendencia genérica que abre las puertas a la historización de las vidas privadas y de las gentes, que la inflación mediática tiende a favorecer. En segundo término, es fácilmente perceptible que la avalancha informativa nos sitúa en una fase de acopio y archivo de la memoria que, pese a la revolución que supone la irrupción de los soportes digitales, pone de manifiesto la limitación de las herramientas³. En este orden de cosas la historización de lo coetáneo está necesitada de la formulación de métodos y protocolos mediante los cuales desbrozar la información. En tercer lugar, nuestra incertidumbre deviene en buena medida de la percepción agigantada del entorno inmediato. Desde el momento en que las tecnologías hacen posible ser y estar en todas partes, el conocimiento del medio carece de fronteras porque nuestro entorno natural y sociocultural se amplía en términos materiales. La distancia geográfica deja de ser un factor de limitación espacial⁴, de la misma manera que el tiempo se constituye en una barrera para la captación de información y para la comunicación. Pero aún más, la realidad deja de tener interés en sí misma desde el momento en que se impone la realidad de los medios de comunicación, en la que los

P²P Acerca de la historización de la experiencia como fundamento para construir una Historia del Presente, ver J. ARÓSTEGUI. "Identidad, mundialización e *historización* de la experiencia", *Hispania*, nº 198, (1998), pp. 97-125.

P³P M. HUGUET y J.C. GIBAJA. "La Historia en casa: nuevas tecnologías y archivos domésticos". *Actas del Congreso Internacional sobre Sistemas de Información Histórica*. Vitoria. 1997.

P⁴P Los seres humanos estamos habituados a actuar y a relacionarnos en un espacio recintual, con un interior, frontera y un exterior. La sociedad tecnológica nos propone una nueva geografía, la de las redes, una geografía cuya base es una topología reticular, en la que lo importante es tener acceso a algún nodo.

acontecere capturados en la pantalla y ofrecidos al telespectador lo son en el denominado *tiempo real*.

Un cuarto rasgo es el constituido por la percepción de la crisis del modelo surgido de la modernidad, a la que nos enfrentamos desde la ausencia de aparato analítico e interpretativo, sin duda también ideológico, con el que medir y comprender la realidad antes descrita. La ruptura del viejo mundo –ruptura desigual, cuyos términos están aún por definir- no se ha visto seguida por el alumbramiento de ningún otro, plenamente *reconocible* por todas las generaciones vivas. Pensemos por un momento en que hoy conviven gentes que nacieron con la electricidad, junto con personas que habitan sin mayor inconveniente en el ciberespacio. Además, en el tránsito del siglo XX al siglo XXI, la llamada *generación central activa* ha cedido su protagonismo irremisiblemente⁵. La organización de las sociedades que se denominan a sí mismas desarrolladas altera el sentido tradicional de convivencia entre la generación que se abre camino y la que predomina, rompe la inserción fructífera entre ambas para que pueda darse la transmisión cultural y el cambio social necesarios. El protagonismo de la generación ascendente rejuvenece sin duda al grupo de acción, pero también mutila prematuramente la actividad de los miembros más maduros de la sociedad, de aquellos que proporcionan a esta las pautas de estabilidad, en favor de acciones más livianas y a corto plazo. Pero uno de los aspectos que provoca más estupor es sin duda la convivencia *en normalidad* de las sociedades con su propia incompreensión del estadio de tránsito y de eventualidad permanente. Ello puede ser un síntoma de que es posible

que pervivan algunos parámetros que, al proporcionar certeza y seguridad, permiten la convivencia con la incertidumbre e incitan a crear una gran memoria, memoria exenta, a la que asirse.

En quinto lugar, resulta forzoso relacionar las formas más presentes del acontecimiento con la consideración de incertidumbre. Hemos de recordar que con el nacimiento de la sociedad industrial se produjeron dos alteraciones esenciales que tuvieron el efecto de modificar el sentido de la Historia en tanto captura de memoria y elaboración del relato. Nos referimos al cambio en las concepciones del sujeto histórico y del acontecimiento. Brevemente, y por lo que al sujeto histórico se refiere, es preciso recordar la convivencia de las elites-sujeto histórico –pese a estar en retirada- con un nuevo sujeto, el constituido por el conjunto social. La contemporaneidad fue dando sentido a que este último, no sólo se reconociera a sí mismo como sujeto de la historia, sino que fuera reconocido como tal por las elites. Fue la nueva condición del sujeto histórico, más compleja, la que promovió el carácter *presentista* de los acontecimientos. Sucesos que nunca hubieran sido calificados de tales por la sociedad preindustrial, por de pronto los que afectaban al tiempo lento y a las vidas de las gentes como conjunto social, fueron vistos con nuevos ojos, desde la perspectiva de que era preciso registrar su acontecer porque informaban sobre el fluir de la existencia humana. La constatación de que la memoria de las personas es frágil e insuficiente, y la de que los asuntos de la colectividad constituían un nuevo sujeto histórico, expresaban sin duda la conciencia de tiempos de cambio vividos en incertidumbre. Además, el acontecimiento *contemporáneo* se

P⁵P J. ZARCO Y A. ORUETA: “Idea de generación: una revisión crítica” *Sistema* n^o144,

reconstruye como un acontecimiento nuevo por su cantidad –una sociedad como la contemporánea caracterizada por la producción y acumulación de bienes y servicios, dice producir también más acontecimientos- por la aceleración del tiempo del que surgen y por la reconstrucción repetitiva de que son objeto a través de los medios de comunicación, cuyo soporte es el de la cultura, también nueva, audiovisual. La contemporaneidad indica que el tiempo de la historia no es sino el tiempo de la acción, lo cual aporta una razón añadida para las incertidumbres del hombre contemporáneo, incapaz de acotar y encerrar el pasado histórico.

La cuestión del acontecimiento nos empuja a tener presente algunas consideraciones relativas a los hitos y a las cesuras. La definición constante de la idea de acontecimiento en la Historia-reconstrucción proporciona un camino privilegiado para indagar en las incertidumbres de nuestro propio tiempo histórico. Auténticos hitos en la Historia, algunos acontecimientos han nacido provistos de la cualidad de generar nuevos regímenes de historicidad. Los más conocidos, parte sustancial del ideario universal, bien pudieran ser los acaecidos en 1789, fecha- símbolo por antonomasia de la revolución ante la opresión y la injusticia. Hay quienes buscan un referente de 1789 en la Historia del Presente mirando a la cesura generada en 1989. Este enfoque resulta cuando menos discutible. Sin duda el paralelismo de las fechas que induce a facilitar la acotación del tracto de lo contemporáneo resulta una tentación difícil de eludir. Siglos que no son siglos, cronológicamente hablando, y edades del hombre que, como surgieron, periclitán. Nada más turbador y sugerente para quien

está necesitado de alguna certeza en la escritura de la Historia. En realidad, nada hace sospechar que podamos en 1989 hablar de acontecimiento en términos siquiera similares a como lo haríamos con respecto a dos siglos atrás. La naturaleza del acontecimiento, tiempo corto por excelencia, se ha alterado en varios sentidos.

De momento, los acontecimientos no están exclusivamente referidos a los hechos políticos o militares, ni vinculados a un espacio territorial cercado por unos límites. Más bien tienen su sentido en un tiempo y en un espacio nuevos que, no es que sean simplemente de mayor amplitud, esto es mundiales, sino que son globales o lo que es lo mismo, en muchos casos toman como referente un entorno desterritorializado. En el parecer de quienes registran su memoria, cada acontecimiento es tanto o más importante que el que le precedió, de manera que se sustituyen unos por otros como si de una gran ristra de acontecimientos de longitud infinita, sin jerarquía aparente entre sí, se tratara. Aunque intentemos explicarlos, los acontecimientos por sí mismos solo se dejan narrar, carecen de cualquier trasfondo, estructura o marco conceptual de referencia. De ahí que unos hitos ocupen el lugar de otros constantemente, en la pretensión errónea de que un acontecimiento puede explicar al siguiente. O en la idea de que lo que no entendimos ayer quedará explicado en el acontecimiento por venir, acontecimiento que esperamos ansiosos como si fuera a tener la capacidad de corregir o al menos aportar luz sobre el pasado. Así, hacemos descansar nuestra confianza en la *actualidad*⁶ y en la espera, señalando que el acontecimiento habrá de proporcionarnos la razón si

⁶P Sobre la invención de la realidad desde el ámbito periodístico ver M. LÓPEZ. *Cómo se fabrican las noticias*. Barcelona, Paidós, 1995. y F. COLOMO. *Últimas noticias sobre el periodismo*. Barcelona, Anagrama, 1997.

cumple nuestras expectativas. Paradójicamente, instalados en la incertidumbre del cambio, sólo el estado de incertidumbre puede calmar nuestra ansiedad.

Algunos autores han intentado comparar la cesura abierta en 1989 con la operada en 1945. Pese a las suposiciones de partida, cada vez parece más evidente que la cesura abierta en 1945 supuso la culminación real del modelo industrial capitalista y del estado burocrático y nacional, y que las fracturas producidas tuvieron un sentido de naturaleza estructural. Sin embargo, 1989 ha abierto un periodo cuya esencialidad resulta hoy aun incalificable. En cualquier caso nos topamos con formas que expresan el límite del modelo capitalista a partir de dos rasgos: un neoliberalismo que resulta ser *único*, en expresión acuñada por Ignacio Ramonet en 1995⁷ y la generalización del llamado modelo de democracia occidental⁸. Lo que sí parece ser netamente distinta es la percepción del desconcierto y del vértigo ante la indefinición del sistema, más matizada en 1945 que en 1989, porque sin duda la gran crisis material a resultas de la guerra mundial obligaba a estar sobre todo atentos a las necesidades inmediatas. Cuesta creer que vivamos tranquilos en un clima *mediático* en el que cada dos minutos se nos ofrece puntual información acerca de cómo las barreras del tiempo y el espacio están siendo derribadas por el hombre⁹.

⁷P El sociólogo Alain Touraine ha escrito recientemente una reflexión polémica pero arriesgada sobre la urgencia y los modos para huir del liberalismo omnipresente en la crisis de fin de siglo. A.TOURAINE. *¿Cómo salir del liberalismo?*. Barcelona, Paidós, 1999.

⁸P Destacamos el libro de dos periodistas H-P. MARTIN y H.SCHUMANN. *La trampa de la globalización. El ataque contra la democracia y el bienestar*. Madrid, Taurus, 1998.

⁹P Una de las lecturas más serias y lúcidas en los últimos tiempos acerca de la naturaleza de la sociedad tecnológica en la que estamos ya inmersos es la que hace J. ECHEVERRÍA. *Los señores de aire: Telépolis y el Tercer Entorno*. Barcelona, Destino, 1999.

Norberto Bobbio ha expresado recientemente la vinculación y el contrasentido entre una sociedad, la nuestra, que desde Galileo apostó por la revolución científico-tecnológica y la sensación de desvalimiento que ello provoca en el ser humano.

“!Lo que hoy pudiera representar un peligro para la humanidad es la evolución científica y tecnológica! En primer lugar, ya hace tiempo que ha superado todos los límites, su velocidad no tiene freno. En segundo lugar, es imparable. Ya no hay columnas de Hércules más allá de las cuales tuvo que naufragar la curiosa Odisea. Y en tercer lugar, el avance científico-tecnológico es irreversible. No hay marcha atrás: ¡una vez que se ha inventado la bomba atómica, no se puede ignorar este invento! Una vez que se ha descubierto el código genético del hombre, ya no se puede echar marcha atrás en el conocimiento! Y todo ello da miedo!”¹⁰.

Más informados que nunca, mejor educados para comprender, el hombre –sigue Bobbio- ha asimilado millones de hechos de los que los antiguos no tenían conocimiento siquiera, a pesar de lo cual el mundo nos resulta hoy más incomprensible que ayer.

P¹⁰P Declaraciones a EL PAIS, 9 enero 2000, p. 33-34.

